

Y luego a Pedrito Rico bailando jazz, como Regina Torné. Muy bien . . . ¿Y eso también es de la Olimpiada Cultural?

Aquí tienes, mi buen Bulmaro, el estado del teatro en la capital de México, en pleno 1968, y en vísperas de las Olimpiadas. Regreso, pues, mañana a nuestro pueblo. Ordena a Pascuala que vaya sacando en máquina los papeles de *The Price*, de Arthur Miller, que es la que montaremos mientras preparamos a fondo *El hombre de la Mancha*, para seguirnos con la última de Albee y en enero montar a Ruiz de Alarcón y más tarde a Ibsen.

Recibe un fuerte abrazo de tu decepcionado amigo.

José Encarnación

10. de septiembre de 1968

SAUDADES POR UN PRÍNCIPE

Sr. Fernando Wagner
Teatro de mi nombre
México, D. F.

Querido Fernando:

Te recuerdo con cariño. El próximo noviembre se cumplirán 18 años que abandoné para siempre la escena y el mundo, pero desde el lugar maravilloso en que me encuentro, adonde vienen todas las buenas actrices y los buenos actores (me han dicho que adonde van los que fueron malos cómicos y se creyeron buenos, es un lugar realmente espantoso, pues los obliga a verse representar unos a otros), desde aquí, digo, estoy pendiente de lo que se hace en los teatros de México, y principalmente del que lleva mi nombre desde el año de 1907 y que antes se llamó Renacimiento. No tienes idea de lo que he llorado al ver las comedias que se han montado en él desde que morí y desde que fue derrumbado el hermoso salón y edificado en su lugar ese horrendo edificio y ese no menos horrendo teatro. ¿Por qué se habrá perdido el gusto

por la arquitectura teatral? Es una pregunta necia: ¿se ha perdido el gusto por tantas cosas! De todas las obras que allí se han montado, sólo recuerdo con agrado dos o tres: *La casa de los siete balcones*, *Así en la tierra como en el cielo*, *La verdad sospechosa*, y alguna más. Lo otro ha sido terrible. ¿Es que ya no se escribe buen teatro? Oh, sí, ya sé lo que me puedes contestar: que la idea que yo tengo de lo que es el buen teatro es anticuada y que no transijo con las nuevas corrientes. Puede ser, pero no puedo evolucionar ya puesto que estoy muerta y me aferro a mi época, que fue tan hermosa. Por ello, la noche del jueves último mi espíritu adquirió una mayor placidez de la que ya tiene de por sí, al ver representar en mi teatro *Corona de amor y muerte*, de mi buen amigo Alejandro Casona. Fue ésta una de sus últimas producciones y quizá la más bella. ¡Qué diálogo poético y florido! ¡Qué construcción dramática tan efectiva y tan sincera! ¡Qué dibujo de caracteres tan preciso! Me gustaría mucho haber interpretado esta Inés de Castro, aunque sabes bien que varias veces hice ese personaje en la tragedia de Vélez de Guevara, *Reinar después de morir*, en la que se inspiró Alejandro, y a su vez Guevara se inspiró en más de doscientos poemas, comedias, óperas, y hasta parodias que sobre ese tema de la mitología portuguesa se han escrito desde el siglo xv.

Oigo a ciertos espíritus jóvenes que andan por aquí murmurando que *Corona de amor y muerte* es un melodrama. Y lo dicen con cierto desprecio. No han asimilado aún el valor que tiene el buen melodrama. Si hubiesen asistido a mi teatro el jueves, hubieran visto cómo el asunto, el diálogo, las actuaciones, se apoderaron del público obligándolo a guardar un silencio que hacía años no oía yo en un teatro de México, pues siempre las representaciones se ven interrumpidas o molestadas por inoportunos toses que no indican otra cosa que fastidio. Claro está que ustedes, director y actores, son también responsables de ese silencio, por el acierto con que supieron resucitar las viejas fórmulas, siempre eficaces, del melodrama. Y es que este género debe interpretarse así: con grandes ademanes, con grandilocuencia, con “aparato escénico”, como se decía en mis tiempos, y de cara al público en las frases claves de la obra, para que no se pierda el sentido que quiso darles el autor. Fue un acierto de tu parte el colocar a la

infanta Constanza Manuel en un balcón que da hacia los espectadores, y desde allí decir sus parlamentos. ¡Y cómo está Magda Guzmán en ese papel! ¡Qué actriz es, qué soberbia actriz dramática! De lo mejor que hay por ahora en México y digna heredera de nuestras glorias. Te confieso que fue para mí una agradable sorpresa Elsa Aguirre, pues las referencias que tenía de ella eran bastante malas, en el sentido de que era una aspirante a actriz cinematográfica que nunca había logrado hacer una buena actuación, por su rigidez, su monótona voz y su nulo conocimiento del arte de Talía. Sin embargo, en la Inés de Castro no se puede decir que esté mal, pues tiene momentos de verdadera actriz, aunque en otros no llegue a convencer por ciertos ademanes de que abusa y que semejan a los que hacen las señoras cuando piden los brazos a un niño que aún no camina. Estoy enterada de lo estudiosa y empeñosa que se ha vuelto, y me alegra, pues es la única manera de llegar a ser actriz. Un ángel que anda por aquí y que es bastante chismoso, me contó que tuviste una dificultad con Elsa porque se negó a aceptar que cortaras la única escena que le sobra a la pieza de Casona, o sea la aparición en el bosque, que es bastante artificiosa y tediosa. No sé por qué Alejandro tenía predilección por intercalar en sus obras estas apariciones de ultratumba; tanto en *La casa de los siete balcones* como en *Corona de amor y muerte*, los fantasmas son los que afean tan bellas obras. Y mira que yo no puedo tener nada en contra de los fantasmas, pero reconozco que sería mejor suprimirlos de ambas piezas. Otro error de la puesta en escena es el último cuadro, cuando Pedro de Portugal corona a Inés ya muerta. ¡Qué falsa se ve ella niveamente vestida y resplandeciente de hermosura! ¡Si tenía más de tres años enterrada! ¿Por qué no hiciste un cuadro plástico copiando la famosa pintura de Martínez Cubells, que es muy bella, y en donde se ve a Inés de Castro como lo que era en esos momentos, es decir, una especie de momia, lo que le da aún mayor efectismo a la pieza? Me imagino que chocaste con la vanidad de la actriz, como con el pretendido y acertado corte que querías hacer. Lo comprendo porque yo también, como toda actriz que se respete, fui muy vanidosa.

Excelente Augusto Benedico en el rey. Esa escena entre él y el niño (¡qué buen actorcito es Juan Manuel González!) quedará

como muestra del buen actuar y el buen decir. Y mira que era difícil, porque trabajar con niños y con doña Prudencia Grifell, es siempre peligroso, ya que todo el honor se lo llevan ellos. Excelente también Miguel Maciá en un papel demasiado pequeño para sus condiciones y aptitudes, y bien Cristela Guajardo. Pero lo que no te perdono, Fernando Wagner, es el príncipe Pedro. Para usar una palabra muy portuguesa y muy hermosa, sentí *sau-dades* por un buen príncipe, es decir, por un buen actor. ¿Por qué se te ocurrió darle el papel a un vaquero de los Estudios América? ¿Y por qué lo aceptó él? Eric del Castillo debería tener una miaja de autocrítica y hacer personajes que le vayan a su manera de actuar, por así decirlo. ¡Qué tonos nortños, qué inflexiones de *cow boy* enojado, qué movimientos de villano de nuestra Revolución, y todo ello en un príncipe portugués del siglo xiv! ¿Es que no hay ya galanes en México? Lástima: fue la gran mancha en esta bella puesta en escena y en esta hermosa obra. Porque hay otras pequeñas manchas, pero no fijándose mucho no afectan tanto, como son Félix Santaella, quien parece extraído de una película de Pearl White, y Tomás I. Jaime, con un maquillaje verdaderamente grotesco.

Buena la escenografía de Antón y Servín, aunque el empresario anduvo parco en el alquiler de muebles y aquello era la desolación misma. En síntesis, Fernando, que fue un buen éxito rotundo de tu parte, de Magda, de Benedico y de Elsa. Volví a ver un melodrama a la altura del arte, como los que yo interpreté incontables veces. Gracias por esta alegría que le has proporcionado a un espíritu feliz que consagró toda su larga vida en la tierra al teatro, y deseo que mi sala se llene diariamente con viejos que revivan pasadas glorias y con jóvenes que conozcan lo que es un buen melodrama para que no se expresen con tanto desprecio de ese género tan importante en toda una época. Si ves a mi nieto Manolo saludámelo y dile que nunca lo veo en los estrenos, con lo que hace mal porque un hombre de teatro debe estar enterado de cuanto se hace en su país y no sólo de lo que se hace en los Estados Unidos. Recibe un fuerte abrazo incorpóreo y mis felicitaciones para ti y para los buenos actores.

Virginia Fábregas

15 de septiembre de 1968